

La fiesta de toros en Colombia entre los siglos XVI-XIX

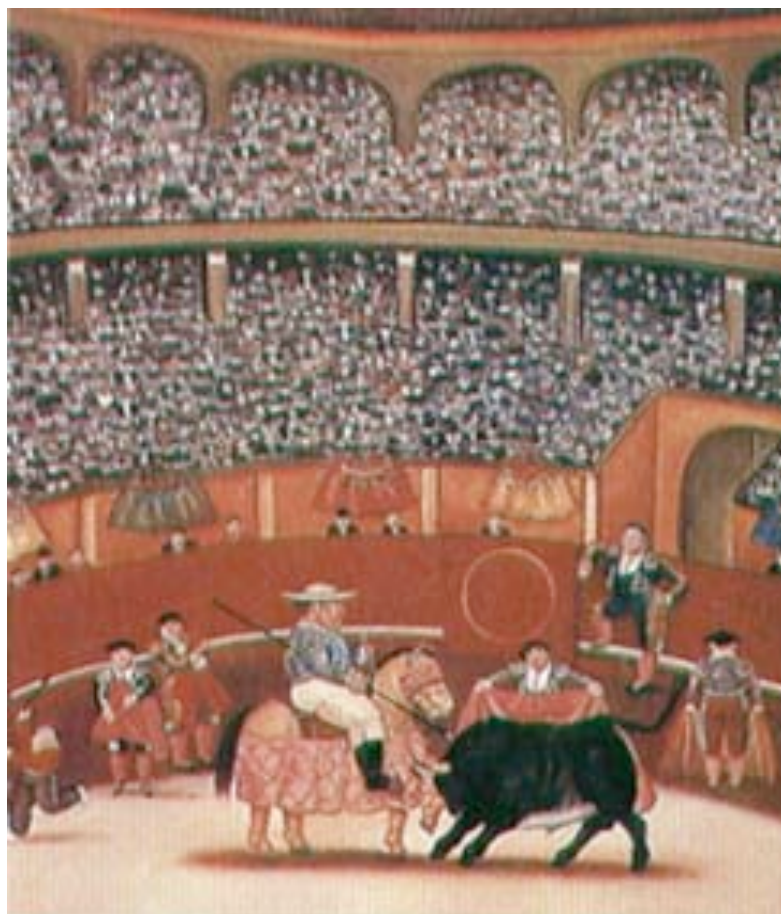
Pablo Rodríguez Jiménez, historiador

Siguiendo con la serie de ensayos históricos acerca de la llegada y desarrollo de la Fiesta de toros en los países iberoamericanos, abordamos hoy el caso de Colombia, merced a un ensayo del historiador Pablo Rodríguez Jiménez, es profesor de Historia en Universidad Nacional de Colombia.

La primera versión de este ensayo apareció con el título "LOS TOROS DE LA COLONIA, fiesta de integración de todas las clases neogranadinas", en la revista

"Credencial Historia", de la Biblioteca Virtual

"Luis Ángel de Arango", promovida en su programa de actividades culturales por el Banco Nacional de Colombia. Posteriormente, el ensayo ampliado formó parte del trabajo "Des Taureaux et des Hommes", editado por la Colección Ibérica, que edita la Universidad de París-Sorbonne, obra coeditada por los profesores Annie Molinié-Bertrand, Jean-Paul Duviols y Aracelli Guillaume Alonso.



El toreo llegó al Nuevo Reino de Granada con la misma conquista. En un año tan temprano como 1532, seis años antes de que se conquistaran los Muisca y se fundara Santafé de Bogotá, en una pequeña población costera llamada Acia (Darién), entre los festejos que realizó la soldadesca para recibir al gobernador Julián Gutiérrez, hubo una corrida. Un informe de la época consignó: "Con toda la dicha gente se salió a la plaza y corrió y capeó un torillo que se había encerrado; y porque era bravo se lo mandó echar fuera". Unos pocos años después de la fundación de Santafé de Bogotá, el adelantado Luis Alonso de Lugo trajo a la Sabana treinta y cinco toros y treinta y cinco vacas, que vendió entre sus hombres a mil pesos de oro cada uno. De la primera mitad del siglo XVI tenemos noticia, al menos, de seis corridas oficiales de gran fastuosidad, todas para celebrar el arribo de las primeras autoridades de la Corona y de la instalación de la magna Audiencia.

La corrida de toros muy pronto llegó a ser considerada como la parte galante de todas las fiestas civiles y religiosas. Con ella se agasajaba a los presidentes y a los obispos, se celebraba la coronación de los reyes y las noticias del nacimiento de los infantes y con ella se daba alegría al festejo de los santos patronos. Es decir, casi a todo lo largo del año se podía disfrutar de la fiesta de toros. Los encargados de promoverlas y organizarlas eran los cabildos de las villas y ciudades, quienes solicitaban los toros a los hacendados más prestantes de cada localidad. Como no existían plazas especiales para las corridas, los cabildos nombraban vecinos que costearan el tablado de la plaza mayor y la construcción de los balcones. En Popayán, por ejemplo, el cabildo, con ocasión de las fiestas del Santísimo Sacramentado En busca de lo cotidiano en 1629, encargó a distintos encomenderos y caciques de la región estas obligaciones. Andrés del Campo, que tenía las encomiendas de Polindará y Pisimbalá, debió construir el toril para encerrar los toros y el bastidor de cuero que servía de puerta. Iñigo de Velasco, encomendero de Cocunuc y Cajibío, debió cercar la esquina del convento de las monjas y construir puerta de cuero y bastidor. Los balcones fueron encargados a otros vecinos.

La plaza de toros era la misma plaza principal, cuyo contorno era cercado con madera, para que desde los callejones hicieran sus lances los más diestros en torear. En lugares especiales se levantaban palcos o balcones para seguridad y comodidad de las autoridades y los beneméritos. En la construcción de estos tablados, en la pólvora, y en el ornato, los cabildos y los vecinos gastaban crecidas sumas de dinero. El encierro de la plaza no siempre daba seguridad a los vecinos. En ocasiones las reses burlaban el cerco y provocaban pánico en la población. En un caso pintoresco, ocurrido en Santafé de Bogotá y referido por el genealogista Juan Flórez de Ocariz, Luis López Ortiz se encontraba en un banco detrás de la puerta de su tienda, cuando entró un toro furioso que lidiaban en la plaza mayor. La fiera le puso el hocico en el hombro, sin ofenderlo en más que

ensuciarle el vestido con su baba, y volvió a salir. Después de este suceso la devoción del señor López Ortiz fue tal que donó su fortuna para la fundación del convento e iglesia de la Concepción. Por su parte, Juan Rodríguez Freyle refiere que en 1590, para celebrar la llegada del presidente Antonio González, hubo comedias, toros y pandorgas.

Las fiestas normalmente se iniciaban con un desfile a caballo de las autoridades locales, que recorrían los barrios leyendo los bandos e invitando a las festividades. Este recorrido iba acompañado de músicos y polvoreros. Había también mojigangas, comparsas y disfraces. Las jomadas de toros duraban según resultaran bravíos y furiosos los animales. Cada día podían correrse entre cuatro y seis toros. Tal parece que las cornadas y muerte de los temerarios no empañaban la alegría del certamen. Simplemente se sacaban los heridos y maltrechos, y las faenas continuaban.

Es evidente que las fiestas de toros calaron hondo en todos los sectores de la sociedad neogranadina. Los indígenas, especialmente, tomaron una notable afición por los toros, llegando a desarrollar formas muy especiales de lidia. El cronista Fernández de Oviedo señala que llegaron a ser famosos para torear los indios Coyaima, los Natagaima y los Ataco. Los negros, de quienes se ha dicho que carecían de espíritu para la fiesta brava, hicieron memoria en Santafé de Bogotá, Cali, Medellín y Cartagena. Los religiosos neogranadinos jamás estuvieron ausentes de esta festividad y ocupaban palco preferencial. En Pamplona, por ejemplo, las monjas del convento carmelita, que quedaba a un costado de la plaza principal, llegaron a ser sancionadas por el griterío que formaban asomadas en las ventanas los días de toros.

Al finalizar el siglo XVI, las autoridades eclesiásticas de Santafé se vieron precisadas a prohibir las corridas de toros, cumpliendo la orden de Pío V, emanada en Roma. Pero, como ocurrió con muchas medidas reales o papales, ésta se cumplió muy parcialmente, y eso en la capital. Un siglo después, el presidente de la audiencia, Don Diego de Córdoba, logró restablecerlas con la condición de que "con ningún pretexto ni causa, llegada la noche desde las Ave Marías, no salgan ni corran a caballo, ni saquen toro dentro del lugar ni sus arrabales hasta la hora común del alba, como ni tampoco al tiempo que se celebran los oficios divinos; pena al transgresor de perder el caballo y silla y dos meses de cárcel".

Según parece, a lo largo de todo el siglo XVII se siguieron realizando festejos de toros, y en tal forma que provocaban muchas quejas. Según se decía, los aficionados echaban toros a correr por las calles a cualquier hora, del día o de la noche, y sin respetar las horas de misa. En Tunja, por ejemplo, en 1624, se jugaron toros para celebrar la designación de obispo del jesuita Francisco de Borja, hermano del presidente de la Audiencia, Don Juan de Borja. Con la creación del Virreinato del Nuevo Reino de Granada y el establecimiento de Santafé como su capital, en 1739, las

corridas de toros se incrementaron y enriquecieron en boato. La llegada al trono de cada monarca o el arribo a la ciudad de un nuevo virrey eran motivos de lucidas festividades que obligadamente incluían corridas de toros. Una de estas celebraciones siguió a la jura de Fernando VI. El 29 de mayo hubo una gran cabalgata con antorchas y carros alegóricos. En los días 30 y 31, se festejó con fuegos artificiales fabricados por un francés y pagados por los gremios, y en las calles --se dijo-- nunca cesaron las chirimías. A estas fiestas siguieron cinco días de toros en la plaza mayor. Para ello, el contador Arce y Nicolás Burgos se convirtieron en empresarios y construyeron los palcos y el cerco. En los palcos habían acondicionado 300 puestos que aspiraban alquilar a 15 pesos, suma imposible de pagar por los santafereños, por lo que se vieron obligados a rebajarlos a medio real.



La montada en corrida de toros. Litografía de Ramón Torres Méndez. 1850. Biblioteca Nacional, Bogotá.

Sin embargo, fue en el gobierno del virrey José Solís cuando las corridas de toros se convirtieron en el espectáculo más concurrido y disfrutado. Poco después de su posesión, el cabildo llamó a cinco días de toros en honor del virrey, quien los presidiría desde el palco principal. Se iniciaron con un paseo a caballo de los dos alcaldes y sus subalternos, para despejar la plaza. A continuación pidieron licencia a Su Excelencia el señor virrey y al reverendo arzobispo para que, por medio de su venia, se diera inicio a la función. Entonces el capitán de guardia subió al balcón del Palacio a recibir órdenes del virrey, y la tropa, al mando de un La fiesta de toros en Colombia, siglos xvi-xix alférez, quedó formada frente al vasto edificio. Según la crónica que sobre esta fiesta recibió Pedro María Ibáñez, luego de la corrida, que fue brillante y aplaudida con frenético entusiasmo, "*como sucede siempre en los pueblos que tienen mezcla de sangre española*", el virrey obsequió en Palacio un delicioso refresco a la Real Audiencia, a los empleados y a las damas de la nobleza, ágape que se repitió en los dos días siguientes. Tres años después, en 1756, informado el cabildo de que el hermano del virrey había recibido la investidura de cardenal, preparó un homenaje especial. En esta ocasión, las corridas de toros duraron seis días, con participación de toreros de Honda y un grupo de música dirigido por el maestro José de Vargas y Groot.

Correspondió al propio virrey Solís preparar el festejo del ascenso al trono de Carlos III. Para ello, hizo cercar la plaza, en las esquinas se colocaron grabados alegóricos de las cuatro esquinas del mundo y en el centro una alegoría de los tres tiempos. Se hizo construir un balcón adornado con

distintas pinturas y revestido de damasco. Los balcones del palacio, del cabildo, del eclesiástico, de la casa del alférez real y de la Aduana, ostentaban espejos, arañas cornucopias e imágenes en plata del rey. El primer día se hizo la jura y desfilaron los caballos bellamente enjaezados. En las noches hubo fiestas de fuegos artificiales a cargo de los gremios de plateros, sastres, zapateros, comerciantes y pulperos. Para las corridas hubo hombres vestidos de uniforme con penachos en la cabeza, a modo de mitras, encargados de puyar a los toros. Los hombres de a caballo y a pie estaban muy bien vestidos. No obstante, quien hizo el deleite del público en aquellas tardes fue un español que llegó con un negro, en el cual se subía como si fuese caballo y hacía con una lanza la suerte de los toros más bravos. El chapetón y el negro quedaron en la memoria como quienes habían hecho las suertes más extraordinarias. Un indio también montó un toro y anduvo toda la plaza como buen jinete.

Poco debía imaginar el virrey Solís que el monarca que homenajeaba al poco tiempo de subir al trono aboliría las corridas de toros en sus dominios. Carlos III, como otros ilustrados de la época, condenó las fiestas de toros y las estigmatizó considerándolas como propias de gente bárbara y baja. Es muy probable que corresponda a la época de Carlos III el surgimiento de la simulación de la corrida de toros llamada "vaca loca", diversión muy popular y que hasta hace muy pocos años se practicaba en las fiestas de todos los pueblos colombianos. Consistía este juego en fabricar un armazón de madera de forma de toro; en su interior, se colocaba una persona para manejarlo. Su tarea era llevarlo en dirección a los grupos de gente. Para darle mayor aliciente al espectáculo, en los cuernos del toro se colocaban unas estopas que empapadas de brea y a las cuales prendían fuego. Los espectadores y participantes tenían que avivarse para no salir chamuscados, hecho que producía gran alborozo.

De esta misma época parecía ser la iniciación de un juego o una fiesta más rural llamada "coleo". Se trata de una competencia de jinetes que corren tras un toro, enseñando su habilidad en tomarlo de la cola y voltearlo, en pleno movimiento y desde su silla. Esta tradición hoy se halla muy extendida en los llanos colombianos y venezolanos. Llama la atención que a las fiestas más famosas asisten competidores brasileros, argentinos, uruguayos y mexicanos.

Ahora, fue en el siglo XVIII cuando en España el toreo vivió las más grandes transformaciones. Se pasó del toreo de a caballo al de a pie. La nobleza se retiró de las plazas y dejó el lugar a las clases más bajas. A cambio, aparecieron las cuadrillas de banderilleros, las banderillas, la muleta y el estoque en la suerte de matar. De esta época son las figuras legendarias de Pepe Romero, Pepe-Hillo y Jerónimo José Cándido, que ya vestían calzón corto, chaqueta y coleta. Se dice, además, que fue en 1740 cuando el torero Ronda inventó el estilo que hoy se llama matar recibiendo. Mientas tanto, en el Nuevo Reino de Granada la disposición de Carlos III fue acabada de manera contradictoria. El virrey Pedro Messía



**Accidente de un jinete en la plaza de toros.
Dibujo de Ramón Torres Méndez. Museo
Nacional. Bogotá.**

de la Cerda, sucesor de Solís, cordobés y gran amante de los toros, mantuvo el respeto hacia el monarca y nunca promovió estas festividades desde su despacho. No obstante, en su casa de campo, llamada La Serrezuela, que luego fue de Antonio Nariño y de Domingo Caicedo, organizaba novilladas para su propia diversión y la de sus amigos, la mayoría pertenecientes a la élite santafereña. Del virrey Messía se dice que dejó un notable escrito

llamado "Discurso sobre la caballería de torear". Alguien que le siguió los pasos fue su pupilo Josef Daza, *"tan hábil en practicar como docto en explicar"*. Con la muerte de Carlos III, en 1788, las corridas de toros volvieron a celebrarse públicamente. Entonces, aún en las fiestas de Corpus Christi, San Juan y San Pedro volvieron a correrse toros. En Medellín y Cali coloniales, las fiestas de toros no eran menos esplendorosas. En Medellín, una de estas celebraciones fue comentada de la siguiente forma por el escribano del cabildo:

"... el primer día hubo sermón con muchas luces en todo el retablo, procesión en la forma prevenida, y hachas encendidas y alarde ostentoso de gente numerosa y principal en que se dio al fuego cantidad considerable de pólvora. Ya acabada esta función, se lidiaron por la tarde ocho toros en la plaza pública en que salió mucha caballería de gente principal, costosos y lucidos jaeces y caballos lozanos, de los cuales hubo algunos heridos y muertos, y por la noche luminarias en los balcones de la plaza y en las calles. En el segundo día siguieron en la misma celebración, así en el culto divino como en la plaza de caballería y toros medianos, por ser día feriado, que se lidiaron de a pie, en que también se jugaron lucidas escaramuzas. En el tercer día celebraron los eclesiásticos el culto divino con bastante ostentación y lucimiento y mucha cera labrada y por la tarde hubo corrida de seis toros con el producto que se recogió de las mandas de unos y otros".

Estas fiestas se hicieron *"sin discordia alguna, antes bien con toda concordia, urbanidad y paz, así en lo principal de los habitantes como en la plebe"*. En Cali, los gremios de españoles, mestizos y pardos se distribuían el encierro de la plaza y la organización de las comedias, las mojigangas y los matachines. Los hacendados caleños, figuras principales de estas fiestas, aportaban los toros y hacían de capitanes en el desfile a caballo. Correr toros, jugar toros y torear fueron algo más que pasatiempos ocasionales en la época colonial. Y aunque en un comienzo fueron una distracción de los españoles, muy pronto se transformaron en

un espectáculo popular. Fue también una fiesta integradora de los distintos estamentos de la sociedad y el escenario ideal para la demostración de estatus de cada uno. En ellas podemos percibir, así mismo, la particularidad de la vida en las colonias: mientras en la metrópoli se prohibía la fiesta brava, en las poblaciones americanas ésta se vivía sin quebrantos. En el origen de la fiesta brava hay un indudable significado mítico-religioso, como bien lo han observado distintos estudios.

La muerte del toro es un ritual de ofrenda, llevado a cabo por una especie de sacerdote, que ha sido facultado para ello por otros en un rito especial. Pero, me interesa comentar aquí cuan poco apartada del espíritu religioso de la gente se encontraba la corrida de toros en el pasado. Las fiestas religiosas más importantes, las de la Virgen de la Candelaria, de la Virgen de la Macarena, de la Virgen de Chiquinquirá y la Virgen del Carmen, incluían obligadamente corridas de toros. La consagración de los obispos, la elección de las abadesas de los conventos y la canonización de los santos, se celebraban con toros. En Manizales, aún hoy, antes de la iniciación de la temporada taurina se efectúa una procesión nocturna, con cirios encendidos en homenaje a la Virgen del Carmen. Distintas cofradías surgieron en torno a estas figuras protectoras, porque cada suerte es un milagro. Todo el arte taurino es una exaltación del milagro. Innumerables anécdotas de hombres que salvan su vida al invocar el nombre de una virgen son conocidas aquí y allá. Ángel López Cantos ha referido la de un indio, que al verse embestido por un toro, exclamó: *"Ea, toro, déjame, por amor de Nuestra Señora de la Candelaria"*. A lo que el toro se detuvo, quedando inmóvil por un rato. El torero es un ser profundamente religioso y supersticioso. Debe rezar siempre; hincado, enciende unos cirios y besa la imagen de la virgen santa, antes de entrar al ruedo. Luego, antes de cada tercio, se persigna y hace bendiciones, encomendándose y como conjurando la muerte. Es el arraigo popular lo que explica la permanencia de la fiesta de toros luego de la Independencia. La Independencia no señaló a la fiesta brava como parte de una cultura extraña y enemiga. Por el contrario, el ánimo revolucionario la valoró y la exaltó. Pocos días después del 20 de julio de 1810, el día del grito de la independencia, se celebró una corrida de toros con misa de gracias. La instalación del primer congreso republicano y la elección del primer presidente de la república, don Antonio Nariño, fueron festejados con toros, cabalgatas y chirimías.

Fiestas que fueron amenizadas por las bandas musicales de la milicia. La dirección del ejército patriota por Simón Bolívar fue festejada en toda Bogotá con un gran suceso taurino, en el que se destacaron jinetes que competían con toreros de a pie. Llama la atención que la reconquista de Bogotá por el ejército realista de Pablo Morillo, el 26 de mayo de 1816, hubiera sido celebrada con una corrida de toros. A partir de 1819, con el triunfo definitivo de la revolución, se institucionalizó la costumbre de celebrar la independencia en las distintas plazas de la capital. Primero se toreaba en la plaza de la parroquia de Las Nieves, luego en la de Santa Bárbara y terminaba en la de San Victorino. A decir verdad, todas las

fiestas importantes de estos años incluían corridas de toros, pues eran las que más agradaban al pueblo. Desde entonces, durante todo el siglo XIX, fue costumbre celebrar el día de la independencia con corridas de toros. El novelista Tomás Carrasquilla recuerda que, en la Plaza de Medellín, antes de echar los toros a la plaza, había oradores que lanzaban encendidos discursos y repetidos vivas a los héroes de la Independencia. Luego, aparecía Pedro Pando, torero afamado más por sus cabriolas y bailoteos en tomo al toro, que por su arte taurino¹.

Es más, la fiesta taurina era la que rompía la monotonía decimonónica. Incluso, llegando a conmover profundamente la vida privada de los hogares. El día en que se echaban a correr toros, se recomendaba dejar abiertas las puertas de las casas, para que los perseguidos pudieran ponerse a salvo. Así, era frecuente que extraños terminaran en la cocina o en la sala de visita.

Durante el siglo XVI, como producto de la cultura de conquista y de las circunstancias de guerra que se vivían, la corrida de toros aparecía unida al juego de cañas. Toros y cañas se jugaban en una misma tarde indistintamente. El juego de cañas era un torneo juvenil, caballeresco. Grupos de hombres a caballo, armados de garrochas, se retaban a tumbarse. Juego igualmente mortal, como en el caso de la muerte de Gonzalo García, un entrañable amigo del fundador Gonzalo Jiménez de Quezada.³ Pero en la medida en que la sociedad colonial urbana creció, el juego de cañas fue desapareciendo. Después de la primera mitad del siglo XVII no se tiene relación de ella. La corrida de toros, por el contrario, se conservará en forma autónoma. Aunque, ocasionalmente, se asociará a otras formas festivas, como el circo, la maroma, los equilibristas, botafuegos, ilusionistas, prestidigitadores y saludadores. En la segunda mitad del siglo XIX, la corrida de toros adquirió mayor autonomía de esas diversiones populares. Por otras razones, no tanto la fiesta brava, como la vida de los toreros, empezó a asociarse al teatro, a la zarzuela y a la ópera.

Este distanciamiento, no siempre definitivo, de las diversiones populares más episódicas y marginales, empezó a ocurrir con la creación de los coliseos o plazas fe toros. Precarias, frágiles y portátiles, las plazas de toros le dieron una nueva identidad a la fiesta brava. Las plazas les



Fiesta de aldea. Grabado de Ramón Torres Méndez. Biblioteca Nacional, Bogotá.

señalaron un nuevo lugar y le crearon un nuevo tiempo a la corrida de toros. Las plazas eran el sitio para el festejo de una pasión particular, específica. Fue en esas plazas donde, desde hace más de un siglo, ocurrieron las sofisticaciones del arte taurino.

Pero la conformación de la corrida de toros como una actividad independiente, privada, separada de la regulación del rey, es una historia de muy larga duración. Como ya lo hemos dicho, desde inicios del siglo XVII los cabildos fueron trasladando la obligación de organizar y financiar los toros a la gente notable de cada ciudad. Esta designación era un reconocimiento que podía robustecer el prestigio personal ante la comunidad. Este contrato fue perdiendo estima y los vecinos designados observaban que los gastos de las fiestas jamás eran reparados por las atenciones solemnes de las autoridades. Una mentalidad más calculadora de los gastos había arraigado en los hacendados y las gentes de dinero. La esperanza de una distinción por un rey tan lejano perdió interés para las élites criollas hispanoamericanas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX fueron individuos los que empezaron a animar la fiesta brava en sus poblaciones, levantando plazas y haciendo propaganda. Muchos de estos hombres eran a su vez toreros. La vida de estos toreros se iba en montar plazas y torear reses de amigos. Eran seres trashumantes de las pequeñas poblaciones. Actividad así mismo ruinosa. La historia de quiebras y trampas en los tratos de este incipiente negocio es lujosa en detalles. No podría dejar de comentar que, en mi ciudad natal, la gente decepcionada terminó prendiendo fuego a la plaza de Francisco González, quien luego de prometer corrida de toros terminó ofreciendo un espectáculo circense. Fue en los albores del siglo XX cuando empezaron a aparecer empresarios que se unieron en sociedades y se dieron a la tarea de construir plazas duraderas y de finos estilos arquitectónicos. En Bogotá, antes de que se construyera la Plaza de Santa María, de indiscutible estilo morisco, se habían montado 19 plazas en distintos lugares de la ciudad. Otro tanto ocurrió en Cali, donde antes de la Plaza de Cañaveralejo, habían existido las concurridas plazas de San Nicolás, Belmente y Granada.

Fue en aquellas plazas improvisadas y errantes donde los colombianos vieron por primera vez matadores con traje de luces y coleta, banderillas a porta gayola, saltos con garrocha y lances al alimón. En estas plazas, muchas de mala muerte, fue moldeándose una cultura moderna del toreo. Porque hasta entonces el torero muchas veces era más un luchador, sin apoderado, que un lidiador con arte. Auténticas "troupes" de toreros españoles, peruanos, mexicanos y criollos, recorrían los pueblos en busca de alguna faena. Algunos de los más reconocidos lograban contratar sus corridas desde ciudades distantes y con meses de anticipación. Las cartas que desde Lima escribía Tomás Parrando, "Manchao", a empresarios de Cali, en 1892, para organizar las corridas de la feria de San Juan, hablan de un hombre organizado, que defendía bien sus intereses y los de sus

hombres; su espada, Serafín Greco, "Salerito", y sus banderilleros Manuel Pera, "Mazzantinito", y Wenceslao Carrillo, "Minuto". Otros, simplemente iban de ciudad en ciudad, motivando empresarios, ofreciendo faenas y endeudándose con insensibles prestamistas para pagar su posada y su alimento.

La vida de estos toreros era una verdadera "suerte", como inteligentemente lo ha subrayado el profesor Bartolomé Bennassar. Estos hombres eran parte de un mundo en tránsito, entre lo tradicional y lo moderno, entre lo rural, lo aldeano y la aurora de la industria y la electricidad. Por el mar, viajaban en barco; pero, tierra adentro, en busca de las ciudades de los valles y las sierras americanas, debían hacer muchas jomadas a caballo. Tomás Parraondo, "Manchao", nació en Madrid en 1857. Hijo de padres de condición holgada, pronto desatendió los estudios y se dedicó al toreo. A la edad de 20 años, en Madrid, recibió su primera cornada en el muslo izquierdo por un toro llamado "Retinto". Obtuvo la alternativa en Barcelona, en 1889, de manos del padre de "El Gallo". Ignorado y sin un futuro cierto, viajó a la Habana, luego a México, a Venezuela y a Perú. A Colombia llegó en 1891 y, con un éxito crecido, recorrió todas sus ciudades. "Manchao" llegó a provocar febriles entusiasmos en los espectadores y fue quien impuso el orden y la galantería en la plaza al momento de torear. De él, "El Saquero", un comentarista taurino de entonces, escribió en un periódico local:

*"Entre los tantos novilleros
que aspiran a ser toreros
y alcanzar gran nombradía
hay que poner a fe mía,
al "Manchao" de los primeros.
Matando ya vale mucho,
Y no hay nadie que lo iguale
En querer hacerlo todo;
Sólo que lo hace de un modo
Que ya de quicio se sale".*

Pese a su éxito, "Manchao" regresó a España. Nadie lo esperaba y, tal vez, su aire taciturno y la dura competencia terminaron aislándolo. Una vejez prematura le agotó el cuerpo y la mente. Loco y solo, murió en Madrid en 1896, a la temprana edad de cuarenta y cuatro años. Pocos años después de las suertes de "Parraondo", recorrió el país un torero limeño, Ezequiel Rodríguez, "Morenito", junto a "Facultades" y a José Romero, apodado "El Granadino". Ezequiel Rodríguez era rudo y poco preciosista, aunque tuvo una carrera más duradera. Recorrió Centroamérica y en Costa Rica se casó con una bellísima mujer llamada Sol. Todavía en 1930 toreaba en las plazas de pueblo. Sus reveses de fortuna debieron ser muchos, pues en sus últimos años se dedicaba a presentar en los mercados un tigre ecuatoriano. "Morenito" murió en el

alejado puerto de Tumaco, abandonado de su mujer Sol y, tal vez, mirando el mar.

José Casanave, llamado "Morenito de Valencia", corrió una suerte distinta. Oriundo de Valencia, se radicó unos años en Barcelona, ciudad de la que partió a América junto a Francisco Soler y Antonio Lerma, "El



Corrida. en la plaza de Cuenca. Grabado de 1739. Museo Nacional, Bogotá.

Sevillano". En tren recorrieron el país, presentándose en muchísimas novilladas. Casanave no se distinguía con la espada, aunque sí con las banderillas. Fue uno de los toreros que quedó en la memoria de los cronistas taurinos, tal vez por su especial simpatía. Una cornada que sufrió en una corrida de despedida dio lugar a una copla popular que la gente cantaba en las ferias:

*"A Moreno de Valencia
Lo cogió el toro;
Por meterse de valiente, icaramba!
Lo embistió todo".*

Casado y fatigado de los azares, Casanave abrió un restaurante en Bogotá, llamado Iberia, lugar concurridísimo por estudiantes, aficionados al toreo y compatriotas peninsulares que llegaban en busca de fortuna. Apreciado por muchos, tras el mostrador Casanave pasó sus días, hasta que un día de 1919 alcanzó la muerte.

Estos hombres sedujeron con su arte a ganaderos y a burgueses provincianos. Poco a poco lograron reconocimiento inusitado y se convirtieron en las estrellas mimadas por las élites locales. Ellos hicieron que surgieran gacetas y revistas toriles. Muchas de estas efímeras revistas eran escritas por hombres humildes, pero de una pasión ineludible. También surgieron clubes y peñas taurinas. El arribo de los toreros era esperado con ansia. Los diarios resaltaban fotos suyas junto a damas notables. Los remates de las corridas en los exclusivos clubes de cada ciudad eran finos actos de representación social.

Finalmente, un aire de hispanidad empezó a envolver a una élite amansada en el patriotismo. Los viejos toreros, en su empresa heroica de fines de siglo XIX, lograron también conjurar el prejuicio social de los intelectuales costumbristas hacia la fiesta brava. Los reproches de

Cordovéz Moure sobre los desmanes del populacho y la molestia de compartir un espectáculo con toda clase de plebeyos quedaron atrás. En el ruedo ya no hubo más turbas borrachas, arrastradas en jirones por los toros. En él, en el ruedo, quedó sólo el torero, dispuesto a convertirse en ídolo.

Torear fue, desde entonces, algo más que un oficio; fue un estilo de vida. Acaso no se unieron en matrimonio José Queralt, "Minuto" y "Punteret" con las novilleras, también españolas, Josefa Mola, "Pepita", y Julia Carrasco, "Finita". Otros tuvieron en sus hijos continuadores exitosos de su afición. Recordemos que en el siglo XVIII el gran Pedro Romero era nieto de Francisco Romero, el inventor de la muleta. "Manolo" y "Manolito", de niños, recorrieron las plazas colombianas acompañando a su padre Manuel Mejías "Bienvenida". Cuando falleció "Manolito", en agosto de 1938, corneado por un toro en San Sebastián, su padre "Bienvenida" escribió las cartas más conmovedoras. "Los toros dan cornadas y Dios las reparte", decía Joselito.

En las arenas colombianas perdieron la vida muchos toreros. Allí cayeron corneados, entre otros, Ignacio Sánchez, "Salerito". Este banderillero caleño, de humilde cuna, se inició en los toros trabajando en el matadero. En la tarde soleada del once de noviembre de 1906 recibió mortal cornada en el muslo izquierdo. Pocas horas más tarde falleció desangrado en una casita de calle estrecha. Su traje verde oscuro, hecho hilachas, fue guardado y convertido en motivo de devoción por su viuda y sus amigos. Arturo Pastrat, llamado familiarmente "Morenito de Cádiz", perdió la vida en una corrida de festejo.

Entusiasmadas las autoridades de una pequeña población cercana a Cali por el arribo del primer tren, quisieron festejar con un toro en su plaza. Pastrat cayó corneado en el vientre. Trasladado a Cali en uno de los primeros automóviles de entonces, logró sobrevivir varios días, acompañado de su esposa Isabel Caicedo de Pastrat y sus amigos.

En fin, he querido comentar, en este breve espacio, el significado profundo que ha tenido la fiesta de toros en la historia de los colombianos. Hoy, su arraigo



Cartel taurino, 1898. Museo Taurino, Bogotá.

popular es indiscutible. Pero, antes de que existieran los grandes coliseos y los grandes empresarios, el toreo tuvo una existencia vibrante que los historiadores debemos recuperar. Así sólo sea para explicar cuánto pesa en el alma de nuestro pueblo esta fiesta misteriosa.

©Pablo Rodríguez Jiménez

Bibliografía

LOPEZ CANTOR, ANGEL. *Juegos, fiestas y diversiones en la América española*. Madrid, Mafre, 1992.

ORTEGA RICAURTE, DANIEL. «Los Toros en Santafé». *Santafé y Bogotá*, N° 11, 12 y 14 (1923-1924).

PARDO UMAÑA, CAMILO. *Los toros en Bogotá. Historia y crítica de las corridas*. Bogotá, Editorial Kelly, 1946.

BONILLA ARAGÓN, ALFONSO. *El notario de mi pueblo*. Cali, Colcultura, 1981.

BENNASSAR, BARTOLOMÉ. *Histoire de la tauromachie. Une société du spectacle*. París: ed. Desjonquères, 1993 .

CORDOVEZ MOURE, JOSÉ MARÍA. *Las fiestas de toros. En Las fiestas de toros y otras fiestas, cuadros de costumbres*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura - Biblioteca Básica, 1971.

COSSIO, JOSÉ MARÍA. *Los toros: tratado técnico e histórico*. Madrid; Espasa-Calpe, 1951-1953.

GARCÍA SCHLEGEL, MARÍA TERESA. "Cuatro testimonios costumbristas sobre los toros en Santafé de Bogotá". *Mecanoescrito*.

HOLGUÍN CARLOS y ANDRÉS HOLGUÍN. *Cultos religiosos y corrida de toros Bogotá*: Editorial Revista Colombiana, 1966.

MACHAQUITO. *Historia de los toros en Cali: Imprenta El Relator*, 1939. Pedro Umaña, Camilo. *Las corridas de toros en Bogotá*. Bogotá; Editorial Kelly, 1946.

RODRÍGUEZ, PABLO. *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1992.

RODRÍGUEZ FREYLE, JUAN. *El Camero*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Cronistas, vol. III, 1942.

ZAMORA, FRAY ALONSO DE. *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada. Tomo I*. Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica, 1980.